

El disfrute de la vida

Espinazo de conejo por entre el tomate y las alitas de pollo. Aceite de oliva, arroz y azafrán de la Mancha. Garrofón, agua y una pizca de sal. Una paella deliciosa. También el prodigio de su compañía, la promesa de su conferencia en Oviedo, un tremor leve en mis labios al anticipar aquellas palabras que Severo Ochoa pronunciaría frente a un auditorio entregado a su saber inagotable, a ese talento bendecido en los virtuosos altares de la ciencia. La determinación que desde entonces se alumbraría en mis adentros, mi futuro claro, diáfano, tal vez demasiado próximo. La bioquímica bullendo en mi conciencia como el arroz bullía entre el tomate, las alitas de pollo y las tajadas de conejo. Aquella paella inolvidable se transmutó en alimento para mi mente, en esos ingredientes que edificarían postulados, tesis y certezas a partir de glúcidos, bases nitrogenadas, conjugados de fósforo y traviesas de hidrógeno. A partir de las proteínas pergeñadas para la mampostería celular y el disfrute de la vida. No se conoce un caso parecido. Nunca una paella había hecho tanto por la investigación, la bioquímica y el papel de la mujer en estos menesteres. Nunca había sido tan feliz.